

Orquesta de señoritas

Es noche de teatro. La luz roja del poniente muere en el azul que se acuesta sobre Santurce. Las lámparas del Centro de Bellas Artes chispean la emoción del estreno. Miras tu reloj.

Adentro, tras bambalinas, la peluca de cabello corto y rizado otorga a Gerardo Ortiz la apariencia de una niña envejecida. Jorge Ramos se pasea con su peluca de cabello largo rubio, mientras repasa unas líneas con Braulio Castillo, a quien las pestañas postizas comienzan a causarle irritación.

De los autos descienden parejas de hombres y mujeres de edad mediana, jovencitas endilgadas de negro, muchachos de rostros alegres, ancianos de andar confuso... Faltan quince minutos para las ocho de la noche; hora de comienzo, y aún la fila en la taquilla se alarga. Te preocupa que la obra se retrase. Debes regresar a tiempo para administrarle sus medicamentos. De otra forma, ya sabes cómo será: gritos, quejidos, lloriqueos, reclamos, intentos de agredirse y agredirte.



Con mucho cuidado, te abres paso entre la gente. Inclinas la cabeza para saludar a algunos que te parecen conocidos. Con un discreto mohín desapruebas a una sesentona que lleva casi todo el pecho por fuera; dos tetas flácidas que no le importan a nadie, tan lisas como las de tu madre bajo el refajo.

Cambias la mirada. Buscas la fila de tu asiento. La luz es escasa, apenas se perfilan rostros y medias sonrisas. Disfrutas el extraño binomio; algo de anonimato y complicidad te amarra a esa comunidad nocturna, esa cueva a la que, a veces, cuando una de tus hermanas consiente a remplazarte, acudes a pellizcarte los brazos. Vuelves a mirar el reloj. Te devuelve una cara redonda en la que anidan tres pequeños brillantes; el gran regalo de tu padre.

Dos encargados de utilería revisan el fondo del escenario; los muebles deben estar a la distancia necesaria del primer plano. Recrean el salón de ensayo para una orquesta de señoritas. El técnico de las luces ajusta una bombilla que lanza una luz desorientada.

Te sientas y acomodas la cartera. A tu derecha, tose un hombre de edad mediana, cuyo perfume huele a maderas. Miras con cierto disimulo la tupida barba. Notas cómo acaricia la mano del joven que está a su derecha. Comparten anillos de ancha factura. A la hora de la cena, cuando la pareja de vecinas lesbianas bulliciosas regresa taconeando, tu madre frunce el ceño y finge un vómito. Insiste en que son cosas del demonio, que Dios los hizo hombre y mujer con un propósito. Vuelcas tu atención a las filas inferiores. Tendrás que ver la obra desde

la planta alta, no quedan más asientos. La promoción de la obra ha sido efectiva. Presagias diversión y picardía. Consultas el reloj.

Unos instantes después de la tercera llamada, la amplia cortina se desgarrar. La luz reverbera en los rostros de las personas que ocupan las primeras filas. Los actores, representando a mujeres, inician sus diálogos graciosamente desoladores. Jorge Ramos contonea las falsas caderas. El público ríe. Lo umbrío subyace en toda comedia. Se trata de burlar lo funesto, de despojar a la vida de su carácter totalitario. ¿Qué prevalece ante una risotada? Ni siquiera la voz de catarro, tampoco el peculiar olor a viejo de las chinelas de satén; tesoro de tu madre.

La sesentona de amplio escote ocupa la silla a tu izquierda. Tus ojos, acostumbrados ya a la oscuridad, divisan sus uñas carcomidas. Recuerdas que aún no le has pintado las uñas con el esmalte nuevo. Zozobran las tuyas en la oscuridad.

Sin abrir la boca, la sesentona emite un sonido raro, como si dentro de su cuerpo navegara una ballena rabiosa. Tratas de no prestarle atención y fijas tus ojos en Gerardo Ortiz. Hace el papel de la Patricia, una solterona a quien se le va la vida cuidando de su madre. Te enfocas en el movimiento de sus manos, en el cruce de las piernas, en los matices de la voz. Confirmas un gran trabajo de observación de los manierismos femeninos, pero más allá, la tragedia de la solterona hace un eco amargo: “Porque la pobre, con la edad se ha puesto más caprichosa que una nena. A cada rato un caprichito nuevo. Entonces, yo me pongo inflexible y en cuanto me quiere robar un dulce, la muy bandida, le doy pam pam en los dedos...” afirma la Patricia con aire de inocencia.



Tragas el nombre de Marcela, porque así te llama cada mañana. Ronda la cocina con su bata de algodón puro.

-No te molestes, Marcela es la sirvienta de la novela, - te explica después de la carcajadas, mientras se sienta a la mesa a esperar el desayuno.

La mujer de la izquierda se mueve feroz en el asiento y replica:

- Eso no da gracia, eso no da gracia.

La Patricia continúa su parlamento demoledor: “Unas buenas bofetadas cada vez que la encuentro comiendo lo que no debe. Protesta y lloriquea un rato, pero después se porta bien”. De eso se trata, de lloriquear un rato. Por eso, te escapas en las madrugadas a llorar bajo el farol.

Ahora, la sesentona abre y cierra la cartera con brusquedad. El sonido del broche de metal resuena largo hasta interrumpir un parlamento de Braulio Casillo. Te incomoda su reacción. Te mira de soslayo y emite un segundo sonido de ballena, de esas que paren atravesadas por una vara de

metal lanzada desde un ballenero.

– Si supieran, si supieran lo que es vivir esclavizada a una madre, no se reirían. -Vomita por lo bajo.

Alargas la mano hasta apresar los dedos fríos de la sesentona. Sin mirarla, comentas:

-No da gracia, no, eso no da gracia.

El niño de avena

Ya hierve con leche, azúcar y sal en la olla redonda.

A los cinco años, Rey Manuel sabe la hora exacta en que sirven la avena. También sabe que, en el Hogar Buena Esperanza (a donde el Departamento de la Familia lo envió hace unos meses), el que no desayuna, no vuelve a ver comida hasta las doce del mediodía. Se lo ha dicho a su hermana de cuatro años:

-Tienes que comer, aunque no te quepa.

..... Rubis Camacho

La mujer con redecilla sirve el potaje en platos plásticos. La fila de niños se alborota. El humo brota del potaje. Rey Manuel no se preocupa. Su padrastro le enseñó el truco para enfriarla.

Con el plato en mano, camina derecho para que no se derrame. Busca la mesa debajo del abanico de techo. Intenta una cucharada, pero se quema la lengua. Intenta una segunda, pero se quema los labios. Recurre al truco del padrastro: poner el plato sobre la cabeza para que esté más cerca del abanico. El chichón en el lado izquierdo de la cabeza (que le hizo el martillo que su madre lanzó al padrastro) no permite el balance del plato. La avena cae por la cabeza creando una corona de hervores; después se desliza grave. Los otros niños se burlan. La mujer de la redecilla grita con coraje: - ¡El que la bote, se queda sin comer! ¡La avena se acabó!

Los dedos de Rey Manuel hurgan en sus orejas, en sus pestañas, dentro de su nariz, en el pelo... hasta meterle en la boca un gordo bocado tibio.